

“LA VIA LACTEA”

(1987-1995)

Jorge Palma

*“Se moría la Vía Láctea por dormir
una hora tan sólo sobre los trigos”*

Rafael Alberti

*“Un niño hunde la mano en su fiebre
y saca astros al aire
y ninguno ve”*

Juan Gelman

I
LAS TURBIAS CLAVES DEL DIA

*“Si fuera fuego, quemaría el mundo;
si fuera viento, lo arrasaría;
si fuera agua, lo ahogaría;
si fuera Dios, lo hundiría.”*

Cecco Angiolieri

(1260-1313)

*“Y escucho con mis ojos a los
muertos”*

F. Quevedo.

LOS AHOGADOS.

Hay un muerto en lo alto
del cielo que no puede salir
ni zapatear a gusto porque
afuera llueve
y todo se inunda.

Por eso se toca la frente
la papada, la barba de tres días
y camina en círculos alrededor
de su ataúd, mirando de reojo
el traje azul de alpaca
sin pestañear
porque afuera llueve y todo
se inunda debajo del cielo.

Y los ahogados ven pasar
el agua oscura hacia el fondo
inalcanzable de un rojo atardecer
y se inclinan, se ponen
de costado para oír
y se van a pique
porque abajo aúllan los perros
donde nace el lodazal.

¿Y si fuera viento
y lo arrasara;
y si fuera fuego
y lo quemara todo?,
se pregunta alguien
a instancia del cielo

a instancia de los muertos.

Pero yo escucho a los muertos
cantar hasta la madrugada
y a los ahogados del último
reino chapotear con el alma
en los brazos, aullando
de un lado al otro del cielo.

¿Y si fuera viento
y lo arrasara;
y si fuera fuego
y todo ardiera?,
se pregunta el poeta

A instancia de los perros
que aúllan y los huesos
a instancia de la luz
y todos los muertos
de este mundo
que no pueden salir
ni zapatear a gusto
ni castañuelas
porque afuera llueve con furia
y todo se inunda.

CAPITAL DEL SILENCIO.

Ruge en mis bolsillos
el silencio incontenible
de las tristes capitales.

En medio del calcinante estertor
nadie se entera
que el amor es acuchillado
impunemente en un pasillo miserable
un ascensor
o una confitería del centro
repleta de flores artificiales.

El grito del homosexual
se pierde en la multitud,
se parte en dos,
se hace añicos,
cuando cae en los departamentos
más caros
de los gerentes de empresa
que tienen dos amantes.

Nadie puede hablar dos minutos
seguidos sin ser oído;
nadie puede hablar del alma
o mostrar la piel agujereada
de tanta olvidada misericordia.

Un minuto de silencio
es suficiente para cumplir
con 130 obreros
aplastados por una avalancha de escombros.

Este inmenso mar de silencio
no cae del cielo,

ni sube al infierno
de las profundidades más oscuras
de la tierra,
despierta cada día
y orinando, sobrevive.

EL GOLPE.

No reconozco otro sonido
que el de mi sangre
aullando delante de la furia.

Una mujer vencida
abre su blusa amarilla
y me ofrece temblando su alimento.

Desobedezco la orden tenaz
de mis atentos genitales.

Miro sus ojos de niebla
y sin estridencias
doy el golpe más duro
en las puertas del cielo.

*“Escucha el sigiloso rumor
de los oscuros”*
Jorge Arbeleche.

LOS SUBTERRANEOS.

Hace años que vigilo mi espalda
con cierto celo
porque se que andan buscando
mis alas con un cuchillo.
Como si fuera peligroso
ir por la vida arreando nubes
despeinando maniqués
oliendo las almas en pena
a treinta kilómetros de distancia.

He visto a un hombre solo
mordiéndose las uñas de los pies
en un sótano oscuro
repleto de escorpiones,
y pájaros de luto
persiguiendo mis manos
preguntando a los muertos
donde vive el joven poeta
de los versos duros.

Y no hay manera:
Si me escondo, aterrizan,
si me agacho, sobrevuelan,
y en su eterno sopor
escarbando con un cincel
hasta el fondo de las muelas,
tejen y destejen
la pegajosa y sucia
tela fría.

EL HOMBRE Y EL ADIVINO.

El vano capricho del hombre solo
del ausente, no tiene correspondencia
ni sonidos cotidianos que lo esperen
al final de la jornada; una mujer
y dos niños en el patio con cielo
de su casa, ni ruidos de platos
ni cucharas, ni puertas que al
anochecer, se apaguen como atardeceres
en invierno.

En la palma austera del hombre solo
ha visto una media luna diminuta
en la línea de la vida, y una
sombra constante en la del corazón,
impertinente y tenaz, como único destino.

EL AHOGADO MAS HERMOSO DE LA TIERRA.

Si acaso me dieras
una palabra de asombro
un sonido, la pequeña
remota certidumbre
que no te irás
que seguirás estando
diciendo a viva voz:
“soy el hombre
y esta es mi casa”.

Yo canto cuando cantas
y sufro dos veces cuando sufres;
caja de madera
donde late un pájaro
errante y sonoro.

Cuando dices
“amo todo lo que veo”,
escucho.

Oigo correr
tu sangre precipitada
por los oscuros dormitorios,
cuando tiembla el cielo
y los arrozales son devastados
por un golpe de puño
en la mesa crepuscular
de los burócratas.

Entonces todo tiembla;
la tierra, el aire, las enaguas,
los anillos, los matrimonios
y los amantes,
las manzanas que todavía
no han nacido
los frágiles aplausos
de las aves
nafragando
en el agua de tus ojos.

Y el cielo se apaga
cuando callas
cuando se pone de oscura
tu mirada
y llueve y se inundan
las casas con tu llanto
cuando la tierra se abre

al recibirte
en ese instante intransferible
y decididamente tuyo.

EL OGRO MELANCOLICO.

El encrespado dolor de cabeza
se clava como estaca
en la raíz del día.
Cobarde manera
con que el demonio posterga
el nacimiento de la vida.

Así querría el triste y desolado
caballero de la incertidumbre
cabalgar en la tormenta
visceral de la desidia.

Pálidas banderas de fuego
se agitan
cuando pasan gritando
la peste y sus hermanas colosales.

Aunque bajo tierra
tiemblen frenéticas
las manos de la lluvia.

JUAN GELMAN QUEMA LA TRISTEZA
Y SUEÑA CON LA VIDA SOBRE UN TEJADO.

Qué combate silencioso te hirió
de muerte antes que nacieras.
Qué estúpido romance, qué adulterio
imperdonable libraste en otra vida
para caer desnudo durante
tus días de plomo en esta tierra.

Cómo ibas a saber
que no tendrías patria,
sábana definitiva ni bandera.

Los que negaron tu respiración
con catalejos, con serias lupas
de laboratorio clínico, lo sabían
de antemano. Lo sabían.

Lo supieron cuando entrabas
al mundo, cuando todavía
no eras Juan y tu madre
no lloraba, reía de felicidad
porque pasabas cantando
por el túnel de la vida.

Y así te vi subir
a los tejados,
por encima del miedo
y separando el dolor,
con renovada voz
por cada una
de las siete vidas
que te mataban.

PROCEDIMIENTOS

Según andan las cosas
todo va de mal en peor.
Esto es: a cuánto se cotiza
en el mercado del aire
la pluma de ángel,
el mercurio, la soda cáustica
con que sepultan a los ríos.

La tierra tiembla a las siete
menos cuarto, quince minutos
antes que el jefe
de rienda suelta al subalterno
y comience a enloquecer de hastío
en las autopistas obstruidas
donde la luna parpadea atónita
por las consecuencias nefastas
del bajísimo salario.

Qué dirán los industriales
con almidón en las solapas
cuando los teléfonos
enloquezcan a la media noche
porque las uvas
se han petrificado al unísono
en los parrales del mundo
y las acciones en la bolsa
se han convertido
en polvo de estrellas.

PARAFERNALIA

Esta mañana no me he
puesto las orejas
sin embargo
me aturde el mundo,
su multitud de sillas
maniatadas
sus colapsos en la bolsa
ese chirriar de dientes
entre zapatos nuevos
y billetes.

Pienso, con insistencia de toro:
¿De qué lado de la vida
quedó la vida?

La piel de leopardo
se cotiza en el mercado
al precio de un diamante.

Por el tobogán de fuego
se deslizan los besos apasionados
de los amantes
cayendo en desventaja sideral
con los días fríos que deambulan
sin patria
por las ciudades crispadas
repletas de escombros.

Ya nadie silba por las calles.
Y parece vergonzoso añorar
el cielo azul en calma
el sonido amarillo del trigo
el movimiento del agua
en círculos perfectos
cuando una piedra
es lanzada por un niño
desde la ventana iluminada de su cuarto.

La paloma que regresa
a la mesa puesta
trae en su pico ensangrentado
una cachetada del mundo.

Cómo puedo saber de qué lado
vendrá la muerte.

LA SUPPLICANTE.

De qué signo oscuro
salió tu parto
con voz herida
lacerante y silenciosa
como una llama
como la muerte.

Nunca te vi llorar
a los pies helados
de un amor clandestino
ni clavarte un puñal
en la frente
por la inesperada muerte
del mejor de tus amantes.

Sin embargo suplicabas
como una mujer loca
entre las losas mojadas
de un cementerio marino
reclamando desde
los campanarios
morirte de un golpe
seco en la quijada
abrazada a una gárgola
un ataúd
un collar de plomo
y que nadie te nombrara.

Pero seguías gritando
en el vendaval
azotada por las llamas
incontenibles de la vida.

*“Oh tú bermeja o amarilla
o blanca rosa de un jardín borrado,
deja mágicamente tu pasado
inmemorial y en este verso brilla ...”*

J.L. Borges

LA ROSA Y EL LABERINTO

Quiere y no quiere la rosa
ser sepultada
aunque a veces huye
herida por una sombra
que dará en el centro
de su vida
con una lanza
una esponja empapada
en vinagre
un duelo solitario
en las costillas,
que le recuerdan
que sigue siendo rosa
entre las rosas
tan vulnerable y humana
que temblando en surcos
todavía
se planta de tallo
para beberse el cielo.

LA DESTRUCCION DE LA SANGRE

Ahí viene otra vez
esa ola de lodo calcinante
esa loca boca fría
sedienta de escombros y mordiscos
cuando el denso vapor de las cocinas
rompe costillares con sentencias
oscuras y presagios.

Y el polvo de la tierra
sube vertical
a las cornisas del cielo
y los gritos crispados del humo
aflojan rápidamente las costuras.

Es cuando la sangre enloquecida
corre a los viejos hospitales
en busca de minutos
y las farmacias repletas
de aserrín y estopa
vuelan agonizantes
entre dos líneas de fuego.

*“He aquí el mar
el mar donde viene a estrellarse
el olor de las ciudades”*

V. Huidobro

EL NACIMIENTO DE LA LUNA

Es negro el cielo
y las camisas
tendidas de un alambre
se arruinan
con este malestar
de pompas fúnebres.

En esta mañana inverosímil
(la mitad del cielo
llora a mares, en la otra
cantan dos soles, como jilgueros)
subo un escalón
me reincorporo.

Pesa en mi bolsillo izquierdo
un castor
y respira, debajo de mis ojos
una mañana limpia
de espaldas al alquitrán
derramado en los estuarios.

Me recompongo mirando el mar
partido como tengo el cuerpo
en siete partes desiguales.

La luna se pasea nerviosa
fumando por los pasillos
del océano.

Las ciudades de amianto
resplandecen como cirios
en las manos crispadas
de los muertos.

Y yo espero.

MUERTE Y RESURRECCION DEL AMOR

Por encima del mar
y las hogueras
atravesando el polvo
o el costado más inhóspito
de los muertos,
más allá de las brujas
del ácido úrico y un solo diente
y los oscuros sacerdotes
de la diáspora,
sobrevive.

Sangra, agoniza,
se deshace en el aire
o bajo lluvia,
grita temblando
al borde de un sepulcro
y se convierte en sombra.

Y de pronto aparece,
apoyándose con fuerza
en las cerradas habitaciones
del alma
crepitando la sangre
en remolino
buscando fundirse
en una boca ancha y húmeda
locamente.

Por encima del dolor
y las plegarias.

Entre la resurrección
de la carne y la ceniza.

II
NOCTURNOS

*“¿No habrá sido la muerte
el primer navegante?”*

Gastón Bachelard

EL NAVEGANTE

No sé de qué olor me compadezco.

Por encima del río viaja un
sentimiento triste, ancho, solitario
como un buque de guerra
un barco de granito
piloteado por la muerte.

El agua temblorosa
se abre como una herida violenta
desolada en su perpetua agonía.

Pero el inmenso barco que navega
sordo, ignorando los aullidos,
avanza lento y pesado
como una catedral,
con la memoria del mundo
hinchada en sus bodegas.

a Víctor Jara

ALAS CERCENADAS

Allí
sobre los andamios
donde no llegan
los mástiles oscuros
y canta el hombre,
busca sus manos
qué pájaros naciendo
del llanto del dolor
del sufrimiento.

Si hubo un cantor
con voz de padre
- boca de pájaro paloma -
y un río de cólera
quemando el agua de las fuentes
llevándose las plazas
sembrando el aire
de rojas osamentas,
busca sus manos.

Porque hay pájaros naciendo
del pecho de los muertos
y muertos corriendo por el aire
detrás de las palomas,
pidiendo a gritos
que cante el musicante,
el juglar del cielo,
el hermoso cantor
de los andamios.

EL SONIDO DE LA FURIA

A veces se trenzan los nervios
al borde de la sepultura
y los pájaros se tapan los ojos
porque la noche amenaza
quedarse una estación entera.

Cuando se escuchan en la sangre
lejanos sonidos de tambores
y un crepitar de llamas
anuncian lluvia de cuchillos
clavándose en el alma
de los ahogados de la tierra.

¿Es acaso el sonido primordial
abriéndose paso
entre las ruinas provocadas
por la estrecha aridez del hombre?

¿Qué es lo que golpea en el cielo?

a Cecilia

ANTES QUE TODO ACABE

Antes que todo acabe
antes del fin
que las ciudades más antiguas
de la tierra
se desarmen
se derrumben, de pronto,
como un pájaro atravesado
por el sonido de la guerra,
dame el cielo inquebrantable
de tu boca
tu mirada,
nunca jamás la espuma oscura
ni el dolor,
sólo ese amor golpeando
implacable,
ciego,
furiosamente humano.

PERPETUIDAD DE LA MUERTE

Como si un juez endemoniado
detonara un triste capricho
en medio de la sombra,
de pronto estalla la sangre
con un ruido de parto
en las entrañas, ante la mirada
atónita de los huesos.

Sube entonces de las raíces
un tronco animal
una pesadilla líquida
atropellando desbocada
el cielo fugaz de la memoria.

Días enteros con sus noches
se adelantan
como si un viento incontenible
apilara multitudes
debajo de los párpados.

Y un viejo rostro persistiera
ardiendo en el silencio
impunemente.

III
TRATADO DE LA MELANCOLIA

CASAMATERNA

A dónde van las manzanas
en estos días
que no pasa por la casa
el afilador, ni las cebollas,
austeras, lloran lentamente
su canto premonitorio.

Sin embargo la vida estalla
en los mercados, codo a codo,
donde el pregón de los madrugones
remata con dulce alegoría
las joyas relucientes del suelo.

En los suburbios de mis ojos
guardo un rumor de lluvia
un latido,
el resplandor dorado
del emperador de las mañanas,
y botellas agradecidas
en los armarios infantiles,
bajo un cielo azul pintado
con guirnaldas y tinta china.

DESENTIMIENTO

Me acuerdo del sol cuando
tenía patria, pájaros amarillos
cantando sin pausa
a los pies de mi cama,
y no cabía en el pecho
la palabra muerte, dolor,
ciudad de barro golpeada
por la lluvia.

Tiene la sangre su motivo
para estar triste, quieta
o precipitada, su cuota
de orgullo, cólera o desaliento.
Por eso no resulta extraño
verla enloquecer en ocasiones
crispada hasta los puños,
y más al fondo, todavía,
destruir con furia de puñales
las jaulas demenciales
que aprisionan el aliento.

El hombre canta y sueña
a pesar del miedo,
como esta noche interminable
cuando pasa por mi sangre
un río encajonado
con frutas del cielo,
y no hay lugar en el cuerpo
para la escandalosa
sentencia y el olvido.

*“Así, de arena fría, volandera, liviana,
nuestros días, cristales
quebradizos, piedritas costaneras,
arena, arena, arena,
horas de arena suelta,
días barridos, frágiles”*

Circe Maia

LA MUERTE DEL CAPITAN

Hay cierta hora
en que los ahorcados
muerden los pestillos
en un ataque de furia.

Esa es la noche
de los paraguas
y los difuntos.

Cuando sólo queda
un golpe incesante
de sombra y aguacero
y siguen llegando
a la estación de las lluvias
más parientes
con sus camas tendidas
con sillas que arrastran
y rompen en la cara
de un cielo fugitivo.

Así llegan
con sus cuotas pendientes
sus coronas
sus rachas de amor
y desamor
con lámparas y fotografías
a ese lugar
donde obreros invisibles
trabajan noche y día
en las plataformas oscuras
por un sueldo miserable.

Y eso lo sabemos todos.
¿A qué más?

Por eso yo quiero
recordarte como eras
no como otros me cuentan
que tú fuiste.

Tú sigues llegando
vestido de azul de tinta
y mar, con tus países
al hombro, con cartas
rosas y manuscritos
tallados en arameo.

Aunque asegure la crónica
familiar
que navegabas soñando
por el centro
de una ciudad llena
de humo y televisores
cuando un rayo pendenciero
cayó de golpe
sobre tu niñez.

Y todo es posible
porque los rayos andan
suelos en el cielo.

Aún así, sospecho
que algo pudiste ver
entre los pesados
cortinados
de ese día,
porque un viento negro
te buscaba los huesos
abriendo cicatrices,
cuando un extraño latido
golpeaba los cajones
de tu pecho
en esa esquina
del cielo que nunca
quisimos pisar.

Yo era un niño
cuando soñé el encuentro
de un hombre
con un barrilete
sobre una inmensa máquina
de destrucción,
que podía ser Babilonia
el mundo o acaso
ese viento negro
que te buscaba el corazón.

Pero tú llevabas

un barrilete rojo
en el pecho
un corazón
con forma de país
de mapa invertido
como soñaba también
Torres García.
Y más al sur, mis ojos,
nuestros pies, las pequeñas
ventanas encendidas
con atardeceres
al borde de otro río
el río más ancho
del mundo
por donde yo paseaba
mi desnudez adolescente
mi corta edad
mi pequeña aventura
de naufragio
atento a las voces
gastadas que sonaban
como averiados órganos
en las grutas azules
de los bares
donde escuchaba de lejos
que alguien decía: “ahí
va el nieto del capitán”.

Pero yo seguía siendo
aquel niño pescando
al fondo de un baldío
un niño como ahora
parado en su ilusión
esperando entre párpados
la llegada de otro cielo.

Hablo de Rafael, mi abuelo,
el capitán fusilado
por un rayo
en corrientes y uruguay
con un barrilete rojo
en el pecho
con forma de país.

Porque lo dijo la rémora
de las ciudades
los peces que saltaban
de las catedrales
las corrientes submarinas
que arrastraban el lodo

y la insensatez.

Aunque sólo yo crea
que te fugaste del mundo
con una mujer de pelo
anaranjado, que hablaba
el idioma de los pájaros.

IV
BAJO UNA LLUVIA LEJANA

ELEGIA Y CANTO CON CESAR VALLEJO

I

Cuando la vía láctea empalideció
y cayeron de los andamios
las vírgenes encinta,
tu cráneo perpendicular
a la luna se reflejó
en un charco diminuto,
donde se apagaban, como brasas,
dos sílabas maternas.

En qué cáliz bebiste la amargura
formidable actor de tragedia.

En qué fragua misteriosa
acuñaron tus pómulos salientes,
tu falanges, hermano, tu esqueleto.

Cuánta tierra precisaron
los sepultureros
para enterrar tu río de sangre.

Cuántos árboles fueron necesarios
para construir un ataúd
del tamaño de tu muerte.

II

Cuando llegué a París, lloviznaba
en los cuatro puntos cardinales
de mi frente. Llovía antes y después,
también y mientras tanto.

Sin embargo tu estabas en el aire
abrazando una pregunta con los dientes
sabiéndote incompleto, inconforme,
desesperado por el silencio colosal
de los fabricantes de escombros.

Yo conversé noches enteras
con tu esqueleto cantor,
aflautado y triste como una quena.
Y me hablaste del Perú, de calles
que no existen, de padres y tías
indispensables para la memoria

y el desayuno matinal,
de los atardeceres que se quedaron
aguándose en tus ojos,
de lo que puede una mirada
el pelo de una mujer
sus pechos
las caderas que aplastan
cualquier aburrimiento.

Y había veces que me dejabas
en silencio
esperándote una centuria,
recorriéndome por dentro,
hablando solo como un loco
buscando a mi padre, a mi madre
a todos mis parientes
para decirles que triste es
París cuando se llueve el alma.

Entonces volvía
sobre las palabras usadas
recorriendo las viejas heridas
en tu alma
tan parecidas a las mías,
como la necesidad de conversar
con un muerto
o atar la conversación a un fantasma,
entre el café y los cigarros,
entre la vida, la muerte
y mientras tanto.

SOMBRA VENECIANA

Hubieras visto al sol
saliendo de perfil
por la grieta azulada
de un palacio.

Rompía piedras el silencio
y nacía el alba.

Y tu voz, lejana,
era una entelequia
un disparo en la nieve
una sombra fugitiva
entre otras sombras.

A esa altura de los huesos
se desmoronaba la vida.

A esa altura del dolor
y las campanas.

FLORENCIA.

Cecilia, Florencia está llena
de pordioseros, no los mendigos
violetas que tú me conoces,
sino condes austeros de capa caída,
generales en retirada, sicarios
vestidos de luto rumbo a los casinos
donde las muchachas tontas
sueñan embriagadas
con una casa blanca
en los jardines de la luna.

Cecilia,
el mundo es una mesa de lata
miserable, acribillada
por la soledad y el egoísmo,
la cubierta desolada de un barco
donde se tambalea un hombre ebrio
y no se cae,
balbucea monosílabos
colgado de la baranda
cuando todo todo se da vuelta
y no sabe bien si el mar vuela
o las estrellas cansadas se hunden,
y le duele respirar
y no sabe si está muerto
o ha nacido
porque no puede despertar
y está llorando.

Florencia no es Damasco
ni Marruecos ni Andalucía,
es un museo de piedra roja
donde me pudro
un monumento a la soledad
del arte
un mausoleo de fiebre amarilla
convulsionada por la lluvia
insolente de los turistas

Y yo me canso de remar.

Y esta noche, oscuramente,
me rondan los demonios,
cuando la sangre se crispa
y un pájaro siniestro
me atraviesa la frente,
se me clava en la garganta

tu alegría
y el mundo es tan grande
amor mío
que si te murieras
no podría cerrarte los ojos
con un grito
ni golpear como un loco
la puerta clausurada
de tu ataúd,
desde la otra punta
de esta mesa de lata
donde te escribo
para no morirme
ni que te mueras.

TOLEDANA

Quevedo agonizaba
aquella noche sin truenos
ni relámpagos, cuando un golpe
turbio en las puertas de mi sexo
desnudaba la soledad
al borde del espanto.

Todo era silencio
ruido subterráneo
escalofrío.

Las calles desiertas
el invierno
la lluvia esperando
encima de los árboles.

Y un destierro capital
atravesando la sangre.

Y nadie llegando
Y nadie saliendo.

V
SIGNOS Y PREGUNTAS

El mundo es un inmenso Narciso
que se está pensando”

Joachin Gasquet

NARCISO Y EL BASURAL

Como un príncipe enlutado
camina la soledad
por las orillas del mundo
pisando aros de niebla
y relicarios
costillares de algas
y amuletos
entre candelabros
enterrados de perfil
y paños azules
que fueron vestidos
o palomas
entre astillas de mármol
que fueron
escalones o santuarios
o pilas bautismales
o sepulcros de ángeles
o suicidas
que alguna vez
bajo el reloj del cielo
orinaron calladamente
la fuente desierta
de una plaza.

Sin embargo algo suena
al norte de su boca
algo de furia retumba
en algún lugar del cielo
y agoniza tumbada
al borde de sus pies;
una luna herida, abierta
como un pájaro, una llaga
viva de tres semanas
desmantelada entre
piedras y caracoles
entre retazos de palomas
o vestidos
entre botellas que bajan
hacia el tempestuoso mar
y guardan el sonido
de la lluvia o de la vida;
semillas del antiguo paraíso
ojos sin párpados

que lo miran pasar
ensimismado y temblando
bajo un sol ensangrentado
cayendo a plomo.

A DONDE

Y este río que me atraviesa
como a todos
a dónde me conduce,
empujando a mi sangre
que grita
ahogando mi voz
en la boca de la sombra.

Qué lleva.
A dónde.

Toneladas de polvo
y ceniza.

Lo que tiene en su lecho
de barro
lo que guardo
y lo que pierdo.

Los días, las noches,
las infamias,
las sonrisas
perdidas para siempre
en el gris estercolero,
el amor
la cólera
el hastío,
el hijo que me llevó
la ciencia,
los abrazos, madre,
las caricias.

A dónde lleva
este río endemoniado,
corriendo desbocado
por las noches de la tierra.

“Que golpee y golpee
hasta que nadie
pueda ya hacerse el sordo”
Mario Benedetti.

BAJO LA CAMPANA

Alguna vez
todo será más claro
luego que el mar
subiendo al cielo
deje caer a sus muertos
en llamarada
como piedras de fuego
deshaciendo la memoria
de los vivos.

Un minuto de hierro
cuesta una tonelada.

Yo veo caer desde mi frente
que no quiero
una campana
una campana turbia
con un badajo de carne humana
ahogándose en un feroz alarido.

¿Qué ángel definitivo la sostiene?

Hasta la lluvia corre horizontal
como líneas oscuras
de un cuaderno maldito.

La gran campana
se desató
de los pilares del cielo
y viene
bajando hacia nosotros,
como una opera violenta,
como carrozas fúnebres
desbarrancándose
precipitadas.

DESPUES

Luego de tanto
después de todo
tendremos que nombrar
a todas las cosas
como la primera vez,
después del trueno
y las llamas
después de todo,
humildemente,
calladamente,
con paso de plomo
y paciencia de demiurgo,
entre cadáveres
de estrellas y despojos.

“Ya estamos en el último confín de la tierra(...)
en un yermo inaccesible”
Esquilo

EL FARO DEL FIN DEL MUNDO

Lo he vuelto a ver
anclado en el fondo
de mis ojos,
donde termina la noche
y comienza la niebla.

Hay un perro ennegrecido
azotado continuamente
por la furia del petróleo.

Un perro erizado
ladrando locamente.

Y nadie responde.